

ESTADOS UNIDOS: UN PROYECTO DE INVESTIGACION
coloquio



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

1 9 8 3

DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México
128N 268-837-042-2

VII. INVESTIGACIONES HISTORICAS

- Meyer, Lorenzo: MEXICO-ESTADOS UNIDOS, TEMAS HISTORICOS RELEVANTES 349
- Beltrán, Ulises y Enrique Cárdenas: LA APORTACION NORTEAMERICANA A LA HISTORIOGRAFIA ECONOMICA 355

VIII. PROPOSICIONES METODOLOGICAS

- Verea Campos, Mónica y Miguel Abruch Linder: MEXICO-ESTADOS UNIDOS: CONSIDERACIONES ALREDEDOR DE UNA MAESTRIA INTERDISCIPLINARIA 365
- Aguayo, Sergio: ESTUDIOS NORTEAMERICANOS EN AMERICA LATINA 375

MEXICO-ESTADOS UNIDOS

TEMAS HISTORICOS RELEVANTES

Lorenzo Meyer*

Consideraciones Generales

A riesgo de caer en lo obvio, es necesario empezar por resaltar una vez más, que el quehacer histórico -o más exactamente historiográfico-, es una tarea que nunca podrá darse por terminada. Los hechos históricos de nuestro pasado serán interpretados y vueltos a interpretar a la luz de los acontecimientos e intereses que vive el historiador. Cada nueva generación vuelve a escribir su historia, a reinterpretarla. El estímulo a la revisión permanente son los problemas, los conflictos del presente.

Unido a lo anterior, está el problema de la objetividad. Ninguna de las disciplinas sociales -por avanzada que sea su metodología- escapa a los juicios de valor, incluida la historia. Nuestra visión del pasado está, por fuerza, coloreada por nuestras preferencias ideológicas e intereses objetivos. No existe ninguna historia enteramente "científica", es decir, totalmente objetiva. Por otro lado, la conciencia de lo relativo de la objetividad histórica no debe ser excusa para no ser lo más rigurosos y objetivos que podamos. Siempre es posible distinguir una historia más profesional, más apegada a los cánones del quehacer científico, que otra.

La visión histórica de la relación entre México y los Estados Unidos varía mucho -y ésta es quizá otra obviedad- si el autor es mexicano, norteamericano o de otro país. Una constante de la historiografía mexicana en esta materia es que el recuento de nuestra relación con el vecino país ha servido, entre otras cosas, para subrayar el carácter agresivo de la acción norteamericana, para reafirmar el valor de los principios jurídicos y políticos en que dice sustentarse la acción internacional de México, y para despertar y alimentar la conciencia nacionalista de los mexicanos: elemento éste último muy importante en la creación del mínimo de cohesión y solidaridad social que se necesita para que el proyec-

* El Colegio de México

to nacional, cualquiera que este sea, tenga viabilidad. El pasado de la relación mexicano-norteamericana continúa siendo algo muy vivo desde la perspectiva mexicana, lo cual no es el caso desde la norteamericana.

La objetividad en el análisis histórico -de por sí difícil de lograr por las razones ya anotadas- se hace aún más difícil en un tema tan político y polémico para los mexicanos como lo es el de nuestra relación con Estados Unidos. El trauma de la derrota del 47 aún pesa enormemente sobre la conciencia nacional mexicana. En más de un caso la explicación histórica de esta relación se esgrime como mazo para aporrear la legitimidad de la acción pasada y presente de Estados Unidos en su relación con México. En cierta medida esta "historia de combate" ha ganado en efectividad a costa de su objetividad, situación que a la larga encierra un peligro para nosotros: la simplificación excesiva de la problemática internacional de México; lo que lleva, a su vez, a mal comprender la complejidad de la acción propia y la norteamericana y por lo tanto significa un alejamiento de la realidad, a veces un autoengaño, y a sacar de la experiencia del pasado una "lección" errónea.

El historiador mexicano que intente ver con espíritu relativamente imparcial y objetivo ciertos puntos en la historia de la relación mexicano-norteamericana, corre aún hoy día el peligro de ser acusado de poseer un flaco sentido de su nacionalidad, lo que conlleva para el historiador el peligro muy real de marginación académica y política. Considero que a estas alturas, puede ser un signo de madurez de nuestra cultura cívica que el carácter de la memoria colectiva mexicana frente a Estados Unidos puede admitir errores de los gobiernos o grupos mexicanos con el poderoso vecino del norte. Hasta ahora las culpas son, básicamente, individuales; es decir, producto de fallas de carácter de nuestros líderes; ahí están por ejemplo, Santa Anna, Victoriano Huerta o Ezequiel Padilla. En cualquier caso es probable que haya llegado el momento en que el realismo sea mejor que el maniqueísmo, que amenaza con ser un autoengaño sistemático. Estos cambios son indispensables sobre todo al nivel de la historia especializada, es decir, de aquella que puede servir a los responsables políticos de guía para la acción presente y futura.

Los Temas de Estudio

El estudio de las relaciones entre México y Estados Unidos se puede enfocar desde una perspectiva cronológica o por temas: lo político, lo económico, lo legal, lo militar, lo cultural, etc.; una combinación de ambos enfoques es igualmente posible. Veamos a continuación algunos posibles temas y divisiones cronológicas.

La relación entre México y Estados Unidos no se inició realmente en el momento en que los gobiernos de ambos países se reconocieron formalmente; los antecedentes están en el esfuerzo español

por trazar y mantener una frontera entre la joven y expansiva nación norteamericana y el virreinato de la Nueva España.

Una vez iniciada la guerra de independencia en México, el tema central sería la cauta actitud norteamericana hacia la lucha interna en el amplio territorio novohispano en los años que siguieron a septiembre de 1810. La influencia ideológica norteamericana en México parece haber sido tan o más importante que la influencia material, directa, en la lucha.

Desde el momento en que México y Estados Unidos establecieron relaciones diplomáticas, en 1822, y hasta la segunda mitad del siglo XIX, el punto medular de su relación bilateral es la notable expansión territorial de los norteamericanos hacia las zonas semi vacías del norte de nuestro país y los intentos mexicanos por detenerla. Aquí el punto focal puede ser lo mismo la historia diplomática, que la militar, la política, la social o la económica. Existe ya una literatura relativamente abundante en relación a la historia diplomática de estos años y también sobre el aspecto militar, la económica es aún poca; en cualquier caso no está dicha la última palabra en ninguna de las áreas.

La segunda mitad del siglo XIX sigue siendo dominada por los posibles efectos de las fuerzas expansionistas territoriales norteamericanas, tales como los derechos de paso en el norte, en Tehuantepec, el proyecto para tomar Baja California, etc., pero entonces van surgiendo al primer plano, poco a poco, los factores de orden económico. Se pasa entonces de una relación económica predominantemente comercial a otra que implica también la formulación de proyectos para la inversión de capital norteamericano en algunas áreas de la economía mexicana, en particular los ferrocarriles y las minas. Aunque Estados Unidos en su conjunto seguía siendo un importador neto de capital, la fuerza de algunas de sus concentraciones económicas era ya de tal naturaleza -especialmente después de la guerra civil norteamericana-, que fueron capaces de canalizar excedentes al exterior, y México resultó una de las áreas geográficas lógicas para esta primera expansión del capital internacional norteamericano. Pese a lo anterior, el viejo tema fronterizo siguió siendo candente: delimitación de la frontera, contrabando, robos, zonas de libre comercio, incursiones de indios bélicos, etc.

El surgimiento de un sistema político estable en México a partir de los años ochenta del siglo pasado, llevó a un cambio relativamente sustantivo en la relación mexicano-norteamericano. Estados Unidos se convirtió definitivamente en una gran potencia a raíz de su triunfo en la guerra hispano-americana, con intereses económicos y geopolíticos globales o casi. México quedó definitivamente en una zona de influencia norteamericana, hecho que poco a poco y muy a regañadientes fue aceptado por otras potencias interesadas, en particular Inglaterra, Francia, España y Alemania. La inversión directa e indirecta norteamericana en México aumentó

hasta convertirse en la principal inversión externa, seguida de cerca por la británica. Acabó entonces la etapa en que la expansión territorial norteamericana constituyó el punto medular de su relación con México; lo cual no quiere decir que los dirigentes mexicanos ya no abrigaran ningún temor en relación a la seguridad territorial frente a Estados Unidos, simplemente que este temor pasó a un segundo plano. La investigación en esta área ha avanzado mucho pero el campo para las nuevas monografías siguen siendo ancho.

La Revolución Mexicana abrió de manera dramática un nuevo capítulo en la relación de México con su vecino del norte. Cuando la revolución concluyó en México también acabó la Gran Guerra europea y como resultado de este cataclismo internacional, los Estados Unidos emergieron como la principal potencia mundial, desplazando definitivamente en ese papel a Gran Bretaña. El predominio norteamericano sobre América Latina en general, y sobre México, Centroamérica y El Caribe en particular, se reafirmó y la doctrina Monroe se convirtió en un hecho muy real. Los cambios violentos en la vida política mexicana en estos años iban a tener repercusiones negativas sobre la inversión extranjera en nuestro país. Los Estados Unidos se embarcarían en uno de sus primeros intentos por controlar las fuerzas revolucionarias desatadas en un país de su zona de influencia. A fin de cuentas su éxito en esta empresa sería parcial y en cambio daría lugar a un largo y complejo conflicto entre los gobiernos de México y Washington de fines de 1910 a 1940. El grado de influencia de Estados Unidos en México en esta época, así como sus formas, sigue siendo un campo importante de estudio. Los temas concretos a explorar para el historiador en este período son entre otros: la relación del gobierno norteamericano con las diferentes fuerzas revolucionarias, los esfuerzos de ese gobierno por defender al conjunto de los intereses económicos extranjeros afectados por la lucha civil y la Constitución de 1917 (ferrocarriles, minas, plantaciones, petróleo, etc.), la relación entre el gobierno norteamericano y los de otros países en torno al "problema mexicano", la negociación en torno a la legislación nacionalista, el problema del pago de la deuda extranjera y de las reclamaciones internacionales, los incidentes fronterizos, el aumento de la migración mexicana hacia el país vecino, la acentuación de la influencia cultural de Estados Unidos en México, y otros temas relacionados con la renegociación de la dependencia forjada en el período prerevolucionario.

La segunda Guerra Mundial pareció cerrar bruscamente la larga etapa de confrontación abierta de México con los Estados Unidos e iniciar una de colaboración. Pese a que aún estaba muy fresco en la memoria mexicana el conflicto con Estados Unidos originado por la expropiación petrolera de 1938, México se encontró como aliado de los norteamericanos dentro de la estructura de Naciones Unidas en la lucha contra los países del Eje. De todas maneras, en el ramo de la cooperación militar, de la propaganda, del comercio, de la reanudación de la inversión indirecta y de otros temas simila-

res, surgieron diferencias de opinión entre México y Estados Unidos que a veces requirieron de largas negociaciones para ser limadas. Dado lo reciente de la apertura de los archivos de esta época, su estudio a fondo apenas se ha iniciado.

La posguerra encontró a México lanzado de lleno a un proyecto industrializador en que el papel de la inversión directa norteamericana primero y la indirecta después iba a ser muy importante por no decir fundamental. Esta inversión, junto con el comercio y los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, daría la tónica a la relación mexicana-norteamericana desde entonces y hasta ahora. Dado lo especializado de los instrumentos de la ciencia económica, el historiador tradicional casi no ha tocado los aspectos notables de esta relación. La acción del economista profesional en este campo es fundamental para su comprensión.

Por un buen tiempo, los temas propiamente políticos de este periodo actual - giran alrededor de la confrontación global entre la Unión Soviética y los Estados Unidos- se mantuvieron en un plano secundario. De todas maneras, con la posguerra surgió una obvia diferencia de opiniones en relación al papel que debería jugar la ayuda oficial de Estados Unidos hacia Latinoamérica; mientras México, pretendía que ésta fuera sustantiva, Washington le restó importancia en favor de la inversión privada. Esto fué reflejo de el papel secundario que América Latina adquirió en la política global de los Estados Unidos. Sólo la Revolución Cubana en los años sesenta, y luego la revolución centroamericana en el siguiente decenio, pusieron a Latinoamérica en un sitio importante a los ojos de Washington. En ambos casos las posiciones oficiales de México y Estados Unidos no concordaron del todo, dando origen a fricciones de carácter básicamente político que continúan hasta el presente y que sólo parcialmente ha sido explorado por los especialistas.

Consideraciones Finales

La historia de la relación entre México y Estados Unidos es sin duda el campo más explorado de la relación de México con el mundo exterior. Esto no es de extrañar dada la importancia pasada, actual y futura para México de esta relación. Dado lo intenso y desigual del intercambio entre México y su vecino del norte, una buena parte de la producción de los historiadores en este campo tiene un carácter altamente polémico. Mientras el nacionalismo mexicano siga vivo y los Estados Unidos sigan siendo el poder dominante en el área, esta situación no cambiará. Sin embargo, debemos de hacer un esfuerzo consciente y permanente para evitar que la defensa de la posición mexicana en esta relación tan problemática, sea excusa para ocultar una posible falta de calidad y de profesionalismo. El patriotismo y antiimperialismo en este campo es más efectivo si está asentado en el rigor académico; debemos tener en cuenta que, entre otras cosas, los historiadores norteamericanos siempre estarán listos para señalar las debilidades de los análisis mexicanos.